

bras acerca de otros asuntos, me dijo lord Juan que había estado tratando de complacer mis deseos, que veía que yo tenía más necesidad de tiempo y tranquilidad que de sueldo y ocupaciones, según lo que le había dicho Labouchere. Por tanto, me ofreció en la oficina de Pagos una de las tres plazas que, como ya te he dicho, prefería yo. Acepté inmediatamente. El puesto que me asignan es tan insignificante que importan poco las ventajas que me pueda proporcionar, pero tendré dos mil libras al año por la ocupación de poner mi nombre, aunque si bien me veré obligado á asistir al Parlamento con más asiduidad que lo venía haciendo últimamente, pero siempre podré disponer de las mañanas como si no tuviera empleo alguno.

Si consagro á mi historia el tiempo que empleaba en el manejo de los negocios cuando fui ministro de la Guerra, podré consagrarla tanto tiempo como si estuviese en la oposición. Algunas otras medidas prometen ser menos satisfactorias. Palmerston no quiere ocuparse de otra cosa que de los asuntos extranjeros, y lord Grey tampoco aceptará otro destino. Espero, sin embargo, que lord Juan consiga dar una de las secretarías de Estado á Jorge Grey. Acaso se considere como un encumbramiento excesivo, pero creo, que es justo hacerlo. Le he dicho á Grey que le considero como uno de nuestros futuros jefes de la Cámara de los Comunes, y que nunca mis aspiraciones tropezarán con las suyas. Labouchere opina exactamente como yo. Labouchere y Baring son por lo menos tan buenos hombres de negocios como Grey, y yo puedo decir sin vanidad que he hecho discursos que están fuera del alcance de los de ninguno de los tres. Pero teniendo presente á la vez las disposiciones para los negocios y para las discusiones parlamentarias, Grey es induda-

blemente el mejor dotado de nosotros, y lo comprendemos así perfectamente todos. A la verdad, puedo decir que no creo que haya habido jamás un grupo de hombres públicos que hayan tenido menos envidia unos de otros y que tengan una estimación más exacta de sí mismos que los miembros jóvenes de este gabinete.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 20 de Diciembre 1845.

Querida Ana: Todo se ha descompuesto. Anoche, á última hora, justamente cuando acababa de desnudarme, dieron un golpe en la puerta de mi cuarto. Había venido uno con una pequeña nota de lord Juan. La disputa entre lord Grey y lord Palmerston hizo imposible formar ministerio. Me fui á la cama y dormí profundamente. A la mañana siguiente fui á la esquina de Belgrave Square, que es ahora el gran sitio donde corren las noticias políticas, y supe que lord Juan había ido á Windsor á resignar su encargo en manos de la reina.

No tengo gana alguna de quejarme de la pérdida de mi empleo. Por el contrario, me alegro verme libre de la esclavitud de un destino público (1). Pero siento que

---

(1) Sobre todo — escribía Macaulay á Mr. Ellis—me inclino á pensar que es más frecuente querer hacer más bien que mal. El placer de la libertad con que he mirado esta mañana alrededor de mi cuarto y resumido mi historia, es suficiente para alegrarme del giro de los negocios. Permítame aconsejar á usted que escriba un pequeño tratado, según la costumbre del

hemos quedado en una situación ignominiosa como partido. Después de haber convenido en los principios de nuestras medidas, después de haber convenido en que nuestro deber público era aceptar los cargos oficiales, abandonamos el compromiso, no con ocasión de un nuevo asunto que afecte á los intereses nacionales, sino únicamente porque somos, como dicen los franceses, *mauvais coucheurs*, y no podemos acomodarlos los unos al lado de los otros.

Yo no condeno á lord Juan; pero lord Grey y lord Palmerston, han faltado ambos. Creo que lord Grey, estimando como estimo en muy alto grado su integridad y habilidad, es el principalmente responsable de la situación desgraciada en que nos hemos colocado; pero sospecho que lord Palmerston ha sido el testaferrero. No goza de gran favor entre el público y no pocos de nuestros amigos le creen un ministro peligroso. En toda la prensa continental y americana ha sido representado como el verdadero genio de la guerra y la discordia. Las gentes dirán ahora con razón, que cuando podía haber tenido el Interior, las Colonias, el Almirantazgo, una pairía; en una palabra, lo que hubiese querido, declara que, á menos de ser admitido en el gobierno para estar donde era generalmente considerado como una manzana de discordia, no quiere formar parte del gabinete, lanza á su partido á una crisis, precisamente en los momentos en que la suerte de éste llevaba tras de sí la de su país. Su posición acaso traiga sobre él una gran tormenta de la indignación pública, bajo la cual se puede hundir. Entre tanto ¿qué sucederá?

siglo xvii, titulado «Una historia secreta de algunos de los últimos acontecimientos, tal como fué comunicada por una persona honrada á T. F. E., Caballero del templo interior».

Estoy preocupado desde que estás fuera; pero puedo decir con verdad, que no he hecho nada en esta difícil situación que me pueda avergonzar de oír hablar de mí en Charing Cross.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.

Esta despreocupación con que Macaulay desafiaba la publicidad fué bien pronto sometida á la prueba más desagradable. Mr. Macfarlan, un elector que gozaba de su confianza, le transmitió un memorial para presentar á la reina pidiendo que fuesen derogadas todas las restricciones que pesaban sobre la importación de grano. Macaulay contestó con una carta que comenzaba como sigue: «Habrás usted oído la terminación de nuestra tentativa para formar un gobierno. Todos nuestros planes han sido frustrados por lord Grey. Espero que los intereses públicos no sufran con esto. Sir Roberto Peel podrá comprender ahora cómo se hallaba establecida la cuestión, y si es cierto que él puede fijar la situación, no lo es menos que nosotros podíamos haberlo hecho también, porque como un solo hombre le habríamos apoyado á pesar de que una gran parte de los que ahora ocupan los cargos públicos nos hubieran rehusado su apoyo. Por mi parte, yo pienso en estas transacciones con verdadera satisfacción. Desde el principio dije á lord Juan que estipulaba para mi entrada en el gobierno una condición tan solo y la total é inmediata anulación de la ley de granos, y que mis objeciones á la abolición gradual eran invencibles, pero que si él se declaraba por la abolición total é inmediata, yo estaría, como para todas las otras cuestiones, absoluta-

mente á su lado; que yo podría aceptar empleo alguno, según le conviniese ó no á él más, y que nunca le molestaría con pretensiones personales ó envidias por mi parte. Si todos hubiesen obrado así, tendríamos ahora un ministerio liberal. No obstante, como he dicho antes, quizá es lo mejor lo que ha sucedido.»

Desgraciadamente aconteció que Mr. Macfarlan, olvidando á la vez la prudencia y oportunidad en su anhelo de aprovechar tan buena ocasión de establecer el carácter librecambista no comprendido de su representante, dió á la publicidad aquella carta. Apareció, pues, en las columnas del *Scotsman* y fué reproducida en todos los periódicos del país, lo cual sintió Macaulay según prueban sus diarios, en lo más profundo de su alma durante toda su vida. Se apenó muy seriamente verse presentado ante el público como el crítico de un antiguo amigo y colega (1).

Bowood, 4 de Enero 1846.

Mi querido Napier: Estoy como nunca agradecido á vuestro afecto. Además, tiene usted perfecto derecho á suponer que ha sido cogido por sorpresa cuanto digo en mi carta á Macfarlan, que se ha impreso. No he hecho nunca cosa que me haya asombrado ni in-

(1) Mayo 17, 1850. «Macfarlan llama. ¡Un hombre que me ha hecho una gran ofensa, aunque no tuvo intención de hacer maldad alguna, y hace tiempo que se lo he perdonado; pero al fin de mi vida siento aún agudos dolores de verdadera pena.»

Y en otro lugar: Julio 4, 1851. «He permanecido en casa toda la mañana y escrito bien. Macfarlan llama. ¡Qué maldad me hizo este hombre! ¡Qué desgracia me causó en aquel tiempo! En mi vida dichosa fué una de las calamidades que más profundamente me apenaron. Todavía conservo la cicatriz.» Tan agudamente sintió Macaulay la única circunstancia que arroja alguna sombra sobre la lealtad de su amistad.

quietado tanto. Sin embargo, es muy poca la duración de la vida para ocuparse en considerar lo que se ha hecho, y no puede ya remediarse.

No me sorprende que muchos me condenen, y con todo, no puedo admitir que deba serlo. Escribí á uno de mis electores, amigo íntimo con quien he estado durante muchos años en comunicación casi constante. Hemos tratado en nuestra correspondencia de las intrigas de Edimburgo, de la iglesia libre, acerca de Maynooth, y le he escrito casi siempre con entera libertad, sin tener jamás motivo alguno para quejarme de indiscreción por su parte. Después de todo, yo le escribía lo que todo el mundo en Brookes y en el club de la Reforma decían desde por la mañana á la noche. Puedo aventurarme á afirmar que si se hubiesen registrado los sacos de la correspondencia de los últimos quince días se hubiera visto que lord Juan, lord Morpeth, lord Grey mismo—en una palabra, todos aquellos que tomaron parte activa en las negociaciones pasadas—habían escrito cartas tan inconvenientes á los ojos del público, como la mía. Sin embargo, no dejo de conocer que el mundo juzga por las apariencias, y puedo estar contento de que la travesura de Macfarlan no me haya proporcionado á estas fechas algún disgusto grave.

Quedaría yo muy obligado á usted si, cuandoquiera que se le ofreciese una oportunidad, dijese que estaba sorprendido é indignado por haber sido publicada sin autorización mía una carta particular escrita descuidadamente; pero que estando ya escrita, con cuidado ó sin él, lo que en ella se dice es la verdad y estoy dispuesto á sostenerlo.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.